

ro, sin noticia siquiera alguna de nuestro campamento, al cabo de tres meses tuvieron que capitular y entregarse (18 de setiembre, 1794). La Convencion francesa dió tanta importancia á la toma de Bellegarde, que decretó una fiesta nacional. No es extraño; era la última plaza que ocupaban los extranjeros en territorio de la república (4). Pero no fué esta sola, ni tampoco la mas terrible de las pérdidas que experimentamos en el resto de aquel año en la parte oriental del Pirineo. Ufano estaba el conde la Union con una prolongada y estensa línea de fortificaciones que habia hecho construir desde San Lorenzo de Muga hasta el mar, sobre un frente de ocho á nueve leguas, sin prever ó calcular que tanto como aumentaba el número de reductos derramaba sus fuerzas. No se ocultó esta falta al general francés, que contando con un ejército superior en número resolvió acometer todos los reductos á un tiempo (17 de noviembre, 1794), fingiendo atacar el centro y derecha, pero dirigiendo el ataque verdadero á la izquierda de la línea, cuyos puestos tomó el intrépido Augereau. Los combates sin embargo fueron reñidos y encarnizados, y duraron mas de tres dias. El general de la república Dugommier murió en un sitio

(4) «Este honor cupo al menos á la España (observa á este propósito un escritor de nuestra nacion) en la mala fortuna de aquel tiempo: Landrecy se rindió á los quince dias de sitio; Quesnoy cedió á los veinte y cuatro; Valenciennes á los nueve; Condé á los tres dias tan solamente; Bellegarde á los tres meses; con menos esperanza de socorro en tanto tiempo que ninguna otra plaza de la Europa. España en fin fué la postrera, entre todos los aliados, que soltó presa al enemigo.»

nombrado la *Montaña Negra* de un casco de granada arrojado con singular acierto por el capitán de artillería don Benito Ulloa. También pereció peleando como el mas bravo de los soldados el general de las tropas españolas conde de la Union, atravesado de dos balas de fusil. Reemplazó á este como gefe mas antiguo el marqués de las Amarillas: al general francés substituyó Perignon, que completó la derrota de los nuestros. Las tropas españolas se retiraron y reunieron en Bascara, posicion intermedia entre Figueras y Gerona.

Otra desgracia, mas sensible todavía que todas estas, ocurrió en aquellos mismos dias. La fuertísima plaza de Figueras, principal apoyo con que contaban los nuestros, cuyos muros coronaban doscientas piezas de grueso calibre, guarnecida por diez mil hombres, provista de diez mil quintales de pólvora, de agua en abundancia, y provisiones sin cuento de toda especie, que por primera vez veia delante tropas enemigas, se entregó con general sorpresa y universal escándalo al general Perignon, sin que hubiera precedido ningun género de ataque. Algo mas que un aturdimiento é indisciplinable cobardía debió haber en la inesperada entrega de esta plaza, cuando el consejo de guerra mandado formar por el rey para fallar sobre la conducta de sus miserables defensores la declaró criminal é infame (4), y condenó á cuatro de los gefes á la pena

(4) El consejo se reunió en en 8 de abril de 1796. Barcelona: la sentencia fué dada

de muerte, precedida de la de degradacion. Y si bien mas adelante el rey, pareciendo usar de clemencia, la conmutó en destierro, lo hizo con circunstancias y condiciones mil veces mas infamantes que la muerte (1).

Por el Pirineo Occidental no habiamos sido mas felices: al contrario, habiamos perdido mas plazas y mas territorio. Reforzado por aquella parte el ejército republicano hasta el número de sesenta mil hombres; porque el objeto de la Convencion era obligar á España á pedir la paz para atender después mas desahogada-

(1) Hé aqui los términos del decreto: «Apruebo la sentencia del consejo de generales que mandé formar en Barcelona para examinar la conducta del gobernador y demas sugetos que concurrieron á la indecorosa y vil entrega de la plaza de San Fernando de Figueras. Y no obstante que la justicia clama por que se lleve á efecto la pena de sangre, precedida de la degradacion, que muy justamente les impone el consejo á los cuatro reos principales, Torres, Keating, Allende y Ortuzar, en uso de mi Real clemencia, y sin que de modo alguno pueda servir, ni citarse por ejemplar en causas de tan ignominiosa criminalidad, perdono la vida á los dichos cuatro reos, Torres, Keating, Allende y Ortuzar, quienes desde luego por este mi Real decreto quedan despojados del uniforme militar, fuero, y demas preeminencias, y cualquiera otra distincion á él anexa, recogiendoles todos mis reales despachos, y borrados los nombres de estos delincuentes en todos los estados y cualesquiera apuntamientos del ejército en

que hubiesen sido escritos ó anotados. Mando que á las dos horas de habérseles leído esta mi Real sentencia, en los términos y con las formalidades que prescriben las ordenanzas generales del ejército, salgan desterrados por toda su vida con total estrañamiento de todos mis dominios; y si por desgracia fueren aprehendidos, sufrirán la pena que les impuso el consejo, sin ser oídos. Prohibo que en ningún parage de mis dominios se les dé por persona alguna, de cualquier condicion y clase que fuese, acogida ni auxilio, sino el que exige la humanidad para con un pasajero de forzoso tránsito, bajo la pena de mi Real indignacion, procediéndose al castigo que mereciese el contraventor ó contraventores; y prohibo bajo la misma pena que persona alguna me pida ó hable en favor de estos desgraciados hombres. Mando que se publique inmediatamente este mi Real decreto, sacándose cuantas copias fueren menester para la notoriedad pública con que debe constar en todos mis dominios de Europa, América, Asia y Africa.»

mente á Italia y al Norte; dueño Moncey de los Alduides de la entrada del Bastan; habiendo intentado inútilmente don Ventura Caro desalojarle de aquellas posiciones (junio, 1794), propuso este general abandonar el valle del Bastan y limitarse á defender los puntos de Vera é Irún: la córte no aprobó su pensamiento: Caro hizo dimision, y en su lugar fué nombrado el conde de Colomera. Algunas semanas después Moncey era dueño de Vera, de Irún, de San Marcial, de Fuenterrabía y de Pasages (julio y agosto, 1794), no sin pagar los franceses muy caro su triunfo en las gargantas de Arizcun y en el peñon de Comissary defendido por el valeroso Cagigal. Siguió á estas conquistas la torpe y deplorable entrega de San Sebastian, que produjo una sentencia del consejo de guerra imponiendo la pena de suspension á varios gefes y oficiales, y no parece que estuvieron exentos de culpa el alcalde y algunos de los mas notables vecinos (1). Colo-

(1) «El general en jefe, dice Muriel, se mostró quejoso de los habitantes de Guipúzcoa y de su diputacion, suponiendo que su espíritu no era bueno, que en la rendicion de las plazas de Fuenterrabía y San Sebastian habian influido los alcaldes y vecinos de dichas plazas, y que la diputacion tenia contra sí los indicios de haber retirado sus habitantes armados, y de no suministrar la menor noticia de los movimientos del enemigo.»

El príncipe de la Paz, en sus Memorias, dice que el alcalde Michelena y otros vecinos principa-

les, seducidos por las ofertas del convencional Piner, que los habia halagado con la promesa de hacer aquella provincia una república independiente, promovieron la entrega de la plaza; que después, cuando ellos reclamaron el cumplimiento de la oferta, el feroz procónsul los hizo arrestar, y que algunos de ellos fueron ajusticiados; añade que luego los guipuzcoanos de los pueblos que ocupaban los franceses salian en pelotones á unirse contra ellos á los valientes de Vizcaya y de Navarra.

La córte participó de la sos-

mera llegó á Tolosa con solos cuatro mil hombres, que vejaron á los naturales con todo género de vejámenes y tropelías, lo cual obligó á la diputacion de Guipúzcoa á imponer la pena de muerte á todo soldado que cometiera tales excesos.

No tuvieron que emplear los franceses mucho tiempo ni mucho trabajo para apoderarse de Tolosa de Guipúzcoa, desde donde hicieron algunas correrías por aquellos contornos. Parte de su objeto habia conseguido la Convencion, puesto que se comenzó por parte de España á dar pasos para entablar negociaciones de paz. Sin embargo, los comisarios de aquella asamblea que acompañaban al ejército se empeñaron en que Moncey hubiese de ocupar la Navarra, tomar á Pamplona y acampar sobre el Ebro. Mucha sangre costó á los franceses este plan. Aunque inferior en número nuestro ejército, que ocupaba una bien trazada línea desde el valle del Bastan hasta el Deva, en los ataques que contra el frente y los flancos emprendieron

pecha de aquella deslealtad. El gobierno, si lo creyó así, tuvo por lo menos la prudencia de ocultarlo. Pudo muy bien bastar el terror para infundir desaliento en los ánimos de aquellos habitantes, y ser consecuencia de él la entrega. Mediaron después comunicaciones entre la diputacion de Guipúzcoa y el gobierno de S. M. (de 4 á 11 de agosto, 1794), sobre la necesidad en que aquella se veía de tratar con los generales franceses acerca de suspender toda hostilidad y acordar los

medios de mantener la tranquilidad y el orden, resolviéndose por último ajustar una tregua. El gobierno, para impedir que este espíritu de sumision se comunicase á otros pueblos de las Provincias Vascongadas, hizo por medios ocultos que algunos de ellos dirigiesen representaciones al rey asegurando estar prontos á sacrificarse en defensa del país, al modo del reino de Navarra que habia ordenado levantar cuatro mil hombres más para incorporarlos á los batallones.

dieron los enemigos (16 y 17 de octubre, 1794), con objeto de cortar la mitad de nuestro ejército y arrojar-se sobre Pamplona, la sangre francesa corrió en abundancia, derrotada su derecha, sin otro fruto que ocupar algunos dias las cañadas de Roncesvalles, y el placer de derrocar un viejo monumento que recordaba la célebre derrota de Carlo-Magno en aquellos desfiladeros. Pamplona se salvó. Los franceses establecieron sus cuarteles de invierno en la parte que habian conquistado de Guipúzcoa, en el Bastan, y en San Juan de Pie-de-Puerto. Nuestras tropas ocuparon sus antiguas posiciones (29 de noviembre, 1794), apoyando la derecha en los Alduides, Orbaiceta y Eugui, el centro sobre Ulzama por la parte del Norte, y la izquierda en Lecumberri y Arnaiz (1).

Mas si á España fué desfavorable la campaña de 1794, mucho mas funesta y desastrosa habia sido á las potencias aliadas en Italia y en el Norte. Sobre haber sido los españoles los que mas tiempo conservaron plantada su bandera en suelo francés y los últimos que fueron espulsados, ninguno de nuestros reveses fué comparable á los que los confederados sufrieron, ni nuestros desastres tuvieron cotejo con la terrible derrota de Turcoing, con la pérdida de Iprés, con la célebre batalla de Fleurus, que dió otra vez la Bélgica

(1) Este último triunfo se debió en gran parte al valor y á la pericia del teniente general du-

que de Osuna. De él hay un parte en la Gaceta de Madrid de 28 de octubre, refiriendo la accion.

á la Francia, y afirmó la república, con la reconquista de Landrecy, con la rendición de Condé, de Valenciennes y de Quesnoy, con la toma de Utrech y Amsterdam, con la entrega de Juliers y de Crevecoeur, y con tantos otros triunfos y conquistas de los franceses sobre los ejércitos, plazas y dominios de las grandes potencias aliadas. Tantos y tales fueron aquellos, que el soberano de Prusia, el primero en promover la guerra, fué tambien el primero á desear y negociar la paz, que al fin se ajustó en Basilea. Apetecíanla tambien y la buscaban los príncipes alemanes, y el Austria veía que no podía conservar ya los Países Bajos y se disponía á abandonarlos.

El cambio que se estaba experimentando en la situación interior de la Francia permitía ya á las potencias tratar con ella de paz sin faltar á la dignidad y al decoro. Los célebres sucesos del 8 y 9 de termidor, y principalmente el arresto y suplicio de Robespierre, el dictador del régimen terrorista que tenía tiranizada y consternada la Francia y aterrado el mundo, juntamente con el de los mas sanguinarios miembros de la Convención y de la Junta de salvación pública, señalaron el punto de partida en que comenzó á aflojar la ruda tirantéz de aquel sistema horrible de persecucion y de sangre, y á obrarse una saludable reaccion en favor de los principios de templanza y de órden. «Catalina no existe, la república se ha salvado!» era la exclamacion de todos los hombres pacíficos y amantes

de la justicia. Los presos políticos, sobre cuyas cabezas estaba continuamente amenazando la guillotina, comenzaron á respirar: los hombres de bien que no se atrevían á abrir los labios por temor de incurrir en las caprichosas iras de aquellos déspotas populares, y á una voz suya ser arrastrados al patíbulo, bendecían la desaparicion de aquellos verdugos que proclamando los derechos del hombre sacrificaban los hombres á su antojo. El gobierno se fué modificando. Y por otra parte la Francia, orgullosa de haber vencido á la Europa entera en medio de sus convulsiones intestinas, estaba en condiciones ventajosas para aceptar tratos de paz, y veníale ésta bien para reposar y reponerse de tantos sacrificios y quebrantos.

No fué sin embargo España la que se apresuró á abandonar la coalicion, y el gobierno de Carlos IV. quiso sufrir una tercera campaña antes que precipitar la paz. El ejército francés de los Pirineos Occidentales habia menguado casi una mitad por las enormes bajas que diariamente producía en él la epidemia, y Moncey, en vez de adelantar, se daba por contento de poder conservar libre el camino del Bidasoa.

En algunos ataques que se resolvió á dar en los primeros meses de 1795, salieron siempre derrotadas sus tropas, y en junio ocupaba nuestro ejército las mismas posiciones que al principio de la campaña. No fueron mas felices por espacio de algunos meses las armas de la república en el Pirineo Oriental. Des-